

RECENSIONES

D. Plácido, *Tucídides. Index thématique des références à l'esclavage et à la dépendance*. (Ann. Litt. Univ. Besançon, 452). Paris, 1992. 249 págs.

En 1984, y fruto de un larga serie de reflexiones que habían durado varios años, publicó el *Centre de Recherches d'Histoire Ancienne* de la Universidad de Besançon el primer volumen del *Index Thématique de la Dépendance*, encargado a M. Garrido-Hory y con Marcial como sujeto de estudio. A partir de ese año el mismo centro ha proseguido la tarea iniciada dedicando un par de volúmenes más a la correspondencia de Cicerón para, en cuarto lugar, sacar a la luz el presente libro, consagrado a Tucídides, el primero de los publicados encomendado a un investigador español.

El planteamiento de la obra es el habitual en esta clase de trabajos: antes que nada, la presentación del índice propiamente dicho, que incluye algunas modificaciones con respecto al del último de los previamente aparecidos, resultado de la revisión constante de los contenidos y del continuo repensar de los epígrafes de que hace gala el centro de Besançon. A continuación, los pasajes que contienen los términos relativos a la dependencia, con las referencias también usuales a los diferentes epígrafes del índice así como con la alusión al estatus dependiente a que apunta el texto (esclavo, liberto, otro tipo de dependiente, incierto); tras ello, la cuantificación de los datos, agrupados en los epígrafes y, por último, el estudio de las informaciones obtenidas.

El panorama que a partir del texto considerado dibuja Plácido de la sociedad griega del tercio final del siglo V a.C. se nos presenta, desde el punto de vista de las formas de dependencia, como correspondiente a un período de transformación, provocado en parte por la propia guerra del Peloponeso, a su vez motivada por las mutaciones que está experimentando la *polis* clásica. Plácido destaca el juego que instituye Tucídides entre esclavitud en sentido metafórico *douleia*, y esclavitud o esclavizamiento real, *andrapodismos*, y la equiparación entre la primera y el imperio o *arche* que los atenienses mantienen sobre sus teóricos aliados, necesario por otro lado como medio de evitar, para los atenienses, la *douleia*, que puede acabar llevándoles a una verdadera esclavización, la cual puede serlo tanto impuesta desde el exterior o, lo que sería más grave, establecida sobre el *demos* por parte de los círculos oligárquicos.

Es, pues, por esta inclinación que manifiesta Tucídides por lo que tiende a ser poco preciso en lo que se refiere al estatuto jurídico concreto de los dependientes, con excepción de

los hilotas espartanos convenientemente caracterizados como tales si bien, y como consecuencia de la situación de crisis que representa la propia guerra, hay una tendencia tanto a la «privatización» de algunos de estos hilotas, como a la promoción de parte de los mismos, mediante su paso a *brasideos* y *neodamodeis*, respectivamente. De la misma manera, son poco frecuentes las referencias a las actividades productivas de los dependientes, puesto que suelen aparecer en función de la guerra, siendo numerosas, en cambio, las citas relativas al papel de los esclavos en ella, así como la variedad de circunstancias posibles; no obstante, el énfasis se pone, como destaca el autor, en los modos de apropiación y control y en el temor por la huida y la traición.

Subraya, por consiguiente, Plácido cómo frente a esa indefinición de estatus hay, por el contrario, una generalización del lenguaje de la esclavitud empleado en el terreno de las relaciones políticas, en la línea a que aludía en un párrafo anterior; precisamente, la aplicación del término *douleia* con el sentido de esclavitud real al caso mesenio, es decir, un pueblo sometido por otro de forma colectiva, le sirve al autor como una de las piezas claves de su argumentación, puesto que considera que puede equipararse este uso a la utilización metafórica de la expresión por parte de Tucídides, en este otro caso con el sentido de dominio sobre ciudades, equivalente por tanto a una «esclavización» de las mismas; y en relación con ello, destaca el autor cómo Tucídides emplea el mismo lenguaje para referirse tanto al temor de los espartanos a la rebelión de sus hilotas como al de los atenienses a la defección de sus aliados.

Otro de los elementos interesantes, en mi opinión, de la aproximación de Plácido al tema de la dependencia en Tucídides es el vínculo que establece entre la guerra, la crisis del sistema esclavista y la quiebra de la solidaridad entre los grupos dominantes de las diferentes *poleis*; es en estos hechos donde posiblemente se muestra más claramente el carácter traumático que asumió la guerra del Peloponeso. La *polis* esclavista, promoviendo la revuelta de esclavos en otras *poleis*, al tiempo que tomaba medidas, en ocasiones drásticas, para evitar que ocurra lo propio en su interior a instancias de los propietarios de esclavos (individual o colectivamente) de las *poleis* enemigas, está, en el fondo, liquidando una de las bases de su propia existencia, que se había cimentado, ya desde el alto arcaísmo, sobre la base de un conjunto de equilibrios entre apetencias económicas y de poder, tanto en el plano interno como en el externo.

El aspecto connotativo del vocabulario de la dependencia, aplicado en Tucídides a la política vendría a ser para el prof.

Plácido la manifestación más palmaria del peso (real e ideológico) de la esclavitud en la sociedad antigua; tras una densa argumentación acaba por afirmar que «sólo la realidad de la esclavitud hace comprensible la metáfora esclavista del imperio y sólo la esclavitud real de griegos (que se encuentra en el mismo Tucídides) permite la tensión entre la realidad y ficción que hace posible el uso metafórico». A partir de este momento, viene a concluir el autor, ya sólo queda quitarle la «máscara» ideológica al discurso tucidideo, una vez que se ha comprendido el mecanismo de la máscara misma.

En definitiva, Plácido propone tras la consideración de los términos de la dependencia en Tucídides una relectura de las relaciones sociales dentro de la *polis* ateniense y una reconsideración de las causas de la guerra del Peloponeso y, en general, de la guerra en la Grecia clásica; los resultados a los que llega muestran la validez como instrumento de análisis del *Index Thématique* tanto por los logros alcanzados cuanto, sobre todo, por lo que de objetivación de los testimonios de los autores clásicos tiene dicho índice.

Adolfo J. Domínguez Monedero
Universidad Autónoma de Madrid

F. Rodríguez Adrados. *El cuento erótico griego, latino e indio*. Ilustrado por A. Mingote, págs. XXV y 322 y figs. 8.

Ha sido un gran acierto del prof. F. Rodríguez Adrados la publicación por vez primera de esta colección de cuentos eróticos griegos, latinos e indios, publicación que llena, como el autor señala varias veces en su obra, un vacío en la investigación mundial sobre el tema que arranca de la literatura popular helenística y que ha pervivido hasta nuestros días.

La colección, bien seleccionada de cuentos eróticos, va precedida de un amplio estudio que sirve para encuadrar las narraciones, los puntos tratados y su supervivencia a través de los siglos.

Comienza el autor un análisis de las tres fuentes del cuento erótico: fuentes griegas, fuentes latinas y fuentes indias, y de sus interrelaciones y pervivencias. Arranca el estudio de la poesía del lírico Arquíloco, de los tópicos antifemeninos, del papel que pudieron jugar los mitos agrarios para pasar a señalar la innovación de Grecia en este punto concreto y la iniciativa de las mujeres. En las fuentes latinas revisa brevemente las colecciones anónimas medievales, las obras de Pedro Alfonso, Mateo de Vendôme, Gualterio Anglico, El Ysengrimus y Odón de Critón. En cada fuente examina brevemente cada origen, que son 9 griegas, 9 latinas y 8 indias. Señala bien F. Rodríguez Adrados, el impacto del cuento erótico griego en el romano y en el indio, y el influjo de este último en las narraciones medievales, y las aportaciones de Mesopotamia y de Irán sobre el particular. Los cuentos eróticos conocidos son escasos. Arrancan de la literatura helenística, pero pueden hundir sus raíces en épocas anteriores. Estudia el autor detenidamente el papel importante desempeñado por los cínicos, que desprestigiaron ya a Alejandro Magno, con una crítica a la sociedad, con su libertad en la palabra y con el uso de antiguas narraciones. Son dignos de señalar dos puntos importantes indicados por el autor: la creación de la épica animal y el influjo de los cuentos eróticos en los libros del Buen Amor, del Lazarillo y el Quijote.

En resumen, el libro del prof. F. Rodríguez Adrados llena un vacío en la investigación y se señala bien el impacto de un género literario que arranca de la literatura helenística y que llega hasta nuestros días. Los cuentos están traducidos por el autor en un estilo chispeante y vivo. Los dibujos de gran calidad artística, debidos a un buen humorista, contribuyen a hacer la lectura mucho más agradable.

J. M. Blázquez
Universidad Complutense

Album de dibujos de la colección de bronce antiguos de Antonio Vives Escudero, Antonio García Bellido (editor), M.ª Paz García Bellido (texto). *Anejos de Archivo Español de Arqueología XIII*. Departamento de Historia Antigua y Arqueología, C.E.H., C.S.I.C. Madrid, 1993.

Siempre me sorprendió ver la colección de bronce de D. Antonio Vives figurando entre los listados de publicaciones del C.S.I.C. de los años 70, con el número VIII de la serie de Anejos del Archivo. El anuncio de la edición, a cargo del profesor García y Bellido, se veía invariable y continuamente *postcedido* de la apostilla «en prensa», sin que la obra terminara de ver la luz. Cuando en fecha más reciente un trabajo sobre el emperador Juliano desplazó al Album Vives de su luchada octava plaza, los más pesimistas pensamos que habría de pasar mucho tiempo hasta que pudiéramos ver la publicación ocupando los anaqueles de nuestras bibliotecas. Afortunadamente nos equivocamos y el libro acaba de salir a la calle.

La recopilación de este material gráfico disperso en varias colecciones para su publicación era uno de los proyectos del profesor Bellido que se vieron truncados por su prematura muerte y posiblemente inconcluso habría quedado de no haber sido rescatado y llevado a buen término por su hija. Ello, si por un lado puede llevar a los que no tenemos hijos dedicados a este menester a temer por el futuro de nuestros queridos proyectos si un día se ven interrumpidos, no ya por el tajo inexorable de la Moira, sino por cualquier otra eventualidad, al menos en este caso concreto nos lleva a felicitarnos. Y si providencial ha sido que el profesor Bellido tuviera en su hija una digna continuadora de su empresa, no menos lo es el que se haya obtenido el patrocinio de la Fundación Banesto pocos meses antes de su extinción, pues el Album Vives ha sido la última obra de este género que dicha institución ha subvencionado en su corta andadura.

El grueso del volumen lo constituyen 352 láminas que agrupan 902 objetos, fundamentalmente de bronce, pero también de oro y plata, que cronológicamente abarcan desde el Campaniforme hasta la época nazari, y geográficamente, la práctica totalidad del territorio español. Algunas piezas, las más notables como el jarro rodio de Granada, la coraza de Calaceite o el cuchillo de Lancia, eran ya conocidas a través de la bibliografía al uso, pero la mayor parte del material permanecía hasta la fecha inédito. A este valor de novedad unen muchos de los objetos ahora publicados el de conocerse su procedencia. Incluso piezas ya editadas como de origen incierto encuentran ahora su lugar de hallazgo exacto; tal es el caso, por ejemplo, de una arracada de oro procedente de Carmona (741), donde este tipo de orfebrería no se había documentado hasta la fecha. Otros objetos como el felino de la HSA (429, 430) cobran interés a la luz de recientes hallazgos como los bronce del Torrejón de Abajo; conjuntos homogéneos del tipo de los ajuares romanos de Badajoz (463-470) permiten, incluso, sospechar la existencia de yacimientos más o menos amplios y hasta la fecha desconocidos, etc.

A la presentación de este interesante material acompaña un catálogo descriptivo tras el que se averigua una ardua labor de documentación por varios museos y colecciones nacionales y extranjeros. Tal vez se echa de menos en él la incorporación de la bibliografía específica referente a cada una de las piezas publicadas, pero seguramente ello habría retrasado de forma no deseable la edición del libro. Algunos pequeños *lapsus* en la clasificación (fibulas 662 y 663, de tipo Acebuchal y *Sanguisuga* o *navicella* respectivamente) se justifican por la amplitud cronológica y cultural del repertorio, y no desmerecen el conjunto de una obra cuya finalidad fundamental es dar a conocer un notabilísimo grupo de bronce y joyas del que todos habíamos oído hablar, pero del que nunca habíamos podido disponer de forma cómoda.

La edición se complementa con un prólogo en el que junto a un breve perfil biográfico de D. Antonio Vives se reseñan los avatares que sufrió la colección (los objetos y las láminas) desde que se formó hasta que se disgregó en diversos museos y colecciones. La narración de todo el proceso en el que intervinieron destacadas personalidades de la vida cultural española de principios de siglo, permite evocar de forma amena diversos aspectos de aquella época en que la Arqueología oficial daba sus primeros pasos en nuestro país.

En suma y aunque con dos décadas de justificado retraso, hoy podemos contar con la publicación bien sistematizada de una de las colecciones «históricas» de la Arqueología española. Con ella se cumplen sobradamente los objetivos que se plantean al abordar un trabajo de este tipo: divulgar el Patrimonio Histórico y sistematizar datos con los que argumentar el debate científico.

Un último apunte sobre un pequeño error únicamente achacable a Vives o, tal vez, a sus informadores y que yo no puedo dejar de hacer notar: no existe Villanueva de los Barros.

Javier Jiménez Avila
(Villafranca de los Barros, Badajoz)

Villaronga, Leandre, *Corpus Nummum Hispaniae Ante Augusti Aetatem*, 2 vols. Madrid, 1994. Editor: José A. Herrero. Vol. I; XXII+519 pp; vol. II: 109 pp.

De nuevo podemos felicitarnos por la aparición de un importante *corpus nummum*, esta vez hispánico y sólo *ante Augusti aetatem*, límite cronológico impuesto sin duda porque las monedas julio-claudias hispánicas acababan de ser publicadas por P. P. Ripollés en *Roman Provincial Coinage*, Paris/Londres 1992.

Desde la gran obra de Antonio Vives sobre *La Moneda Hispánica*, editada en 1926, no se había vuelto a hacer una recopilación fotográfica de todo el material numismático, pues aunque el espléndido trabajo *Monumenta Linguarum Hispanicarum* de J. Untermann de 1975 recogía, estudiaba y discutía con gran minuciosidad toda la moneda con escritura ibérica, no se ilustraban con fotografía sino aquellas piezas con variantes epigráficas, amén de excluirse las cecas que no usaran la escritura ibérica. La necesidad de un nuevo *corpus* después de las muchas novedades de los últimos años era imperiosa y sólo Leandre Villaronga podía llevarla a cabo. Su profundo conocimiento de la moneda hispánica, más el gran fichero que durante sus cuarenta años de actividad científica ha ido confeccionando con todas las piezas o fotografías de monedas llegadas a sus manos, ha hecho factible la elaboración de esta obra.

Los objetivos básicos que el autor se ha planteado en este *corpus* han sido la compilación de todos los tipos monetales y su sistematización cronológica. Villaronga ha introducido en los grandes grupos monetales en que ha dividido nuestras emisiones, todas las novedades, algunas de ellas de inmensa importancia por su trascendencia histórica. Especialmente valiosas son las nuevas leyendas de dracmas de imitación, la de un municipio en Aipora y los broncecitos de cabeza femenina galeada/coraza (p. 406) aparecidos «en un campamento» en Megibar, Jaén, junto a los otros broncecitos cartagineses de casco, es decir y aunque el autor no lo diga, muy posiblemente se trata de nuevas monedas cartaginesas. Las novedades son muy numerosas y Villaronga no ha hecho de momento sino darlas a conocer, ofreciendo su estudio a los investigadores. He echado de menos la inclusión de algunas emisiones como por ejemplo la de la ciudad de Tagilit (Almería), identificada por C. Alfaro (A Esp. A 1993) gracias a la correcta lectura de la leyenda púnica y con epígrafes latinos que la confirman como *res publica Tagilitana*, y el bronce de *M(etalla) OR(etani)* procedente de excavación y publicado

por Domergue, sobre el que yo más tarde incidi (*II Simposi Numismatic* de Barcelona, 1978). Es el testimonio más antiguo de moneda específicamente minera en todo el mundo romano, monedas que sólo se harán habituales en el tiempo de los Antoninos.

El segundo objetivo, una cronología total y coherente para toda la amonedación hispánica, es a mi juicio de momento imposible. Lo mismo ocurre con las localizaciones, conflictivas a veces, como la de *ikalesken* en Cuenca (*ikalkusken* para el autor aunque se trata de escritura del sur) o la de *urkesken* que se identificaba con Urci (Almería) es ahora arrastrada a Cuenca. Para la Bética, el autor parece haber seguido de cerca las localizaciones propuestas por Delgado, con los inconvenientes que eso conlleva para localizaciones superadas como la de Sisapo en Almadén, cuando desde hace años sabemos, gracias a un epigrafe hallado en las excavaciones de C. Fdez. Ochoa, que está en la Bienvenida (Ciudad Real); pero también sus ventajas, como la de colocar Arsa en Badajoz, ubicación que todos los numismatas del siglo xx habían abandonado, él incluido, situándola entre los libiofenicios de Cádiz. Ambas incertidumbres, cronológicas y geográficas, deben tenerse muy en cuenta cuando se maneje el libro, pues Villaronga da la impresión de que poseemos datos seguros para datar y reducir las emisiones y las cecas, cosa que, desgraciadamente, no es del todo cierta. Sin ninguna duda, en ambas cuestiones habrán de ser los datos arqueológicos los que tengan la última palabra.

En la introducción avisa el autor sobre la parquedad a la hora de dar bibliografía pertinente en cada caso; se trata de un *corpus* donde las referencias únicas son a Delgado, Vives, Hill, Jenkis y a su propio libro de 1979, excepto en aquellos casos de publicaciones monográficas sobre cecas concretas. Es sin embargo extraño que tratándose básicamente de la moneda en escritura ibérica no haya utilizado los *Monumenta Linguarum Hispanicarum* de J. Untermann, donde la mayoría de las cecas —todas las que escriben en ibérico— están estudiadas de manera exhaustiva, con cronologías y localizaciones discutidas y fijadas por hallazgos, etimologías, fuentes literarias, etc. Una referencia a este gran *corpus* de 1975 hubiera facilitado sobremanera el trabajo del lector a la hora de encontrar los datos científicos sobre las piezas, porque eso es lo que falta en la obra de Villaronga, el estado de la cuestión, la discusión que justifique sus planteamientos. Por ejemplo, en Cástulo ha introducido entre las series ibéricas, y en contra de lo que conocemos de su amonedación y de la opinión de todos los investigadores que sobre ella han trabajado, dos series diferentes que él convierte en una sola —llama ases y semises— a pesar de que una es bilingüe y la otra latina. Es de imaginar que esta «interrupción» se hace exclusivamente por cuestiones metrológicas sin tener en cuenta el resto de los argumentos numismáticos habituales: la emisión bilingüe y la de Soced nunca aparecen en los depósitos con la moneda ibérica, ambas muestran una latinización que es continuada en las emisiones latinas del siglo primero, etc. Es mucho más coherente convertir en dupondios las monedas de Soced y situarlas a mediados del siglo i a.C. También ha decidido poner como correlativas las series con creciente y con mano sin discutir el problema de los hallazgos, por ejemplo el de La Loba, donde aparecen juntas, cuños de los mismos modelos, una y otra. El problema mayor es que esta ordenación no se explica, no se justifica, no se discute. Es el caso también de *šekobiřikes* y SEGOBRIGA, emisiones que presenta como de distintas cecas, adjudicadas las primeras

(p. 291) a una ceca en el corazón de Celtiberia, según es ya aceptado entre los numismatas, y las segundas a Contrebia Cárstica (p. 284) como emisión contigua a la que en ibérico escribía *kontebakom karbika*, ciudad que el autor, posiblemente siguiendo la opinión de los excavadores, identifica con Fosos de Bayona. Esta tajante disección es sin duda conflictiva y debería haberse discutido, pero el autor ha borrado ya Segobriga de los índices y sus monedas aparecen entre las de Contrebia Cárstica. El autor ha preferido a lo largo de la obra expresar tan sólo su opinión sobre el conjunto de la moneda ibérica, excluyendo muchas de las propuestas ajenas hoy válidas o al menos discutibles, y éste es a mi juicio uno de los problemas mayores de la obra: el lector no sabrá nunca sobre qué se basa el autor para sus apreciaciones, cuándo lo expresado es opinión de otros especialistas compartida por él, o cuándo se trata tan sólo de su opinión. Un somero planteamiento sobre hipótesis encontradas, o una bibliografía más amplia y discutida hubieran enriquecido sin ninguna duda la obra.

Veámos ahora el tema de la metrología, argumento esencial, yo diría que exclusivo para el autor, a la hora de dar cronologías. Villaronga es sin ninguna duda el científico español que más aportaciones ha hecho a la metrología monetaria, y con ello a la posibilidad, cuando faltan los datos arqueológicos, de una datación absoluta, lo que a su vez revierte en beneficio, entre otras ciencias, de la propia Arqueología. Con esas bases ha conformado un gran panel cronológico donde ha ido incluyendo cecas y series. El autor advierte en la Introducción que este entramado es más fino del que la moneda, hoy por hoy, permite y que habrá de corregirse en muchos casos. Efectivamente, es seguro que muchas piezas béticas datadas en la primera mitad del siglo II, por su alto peso y gran módulo sean dupondios y no ases, o se trate no de moneda romana sino de un sistema metrológico diferente, lo que afecta sustancialmente su datación. Veamos dos ejemplos además del de Cástulo ya comentado. El primero lo sacaba a colación A. M. Faria en su reciente reseña a este trabajo —*Vipasca* 3, 1994, p. 121. Una moneda de Imperatoria Salacia (Vives 84,9) ha sido acuñada de nuevo por la ceca de Baesuri (p. 400). Es indiscutible que Salacia recibe el nombre de Imperatoria a mediados del siglo I a.C. y que por tanto la emisión de Baesuri no puede ser anterior a esas fechas, de finales del siglo II como quiere el autor. En el segundo caso se trata de las monedas de AIPORA, en una de las cuales Villaronga lee \overline{MVN} AIPORA y fecha la emisión, por sus 19,90 gr, en la primera mitad del siglo II a.C. Si realmente, como parece por la fotografía, el epigrafe constata un municipio, es imposible que la emisión sea de esas fechas, sino posterior en un siglo, como muy pronto. La importancia del tema hubiera merecido un comentario por la constatación de un nuevo municipio, sobre todo si fuera del siglo II a.C. como el autor propone. El dato es importantísimo y dado el estatus, los tipos y el único hallazgo constatado en Badajoz, debe tratarse, no de la *Ebura cerialis* de cerca de Sanlúcar de Barrameda, sino de *Epura foederatorum*, hoy Montoro (Córdoba) mencionada en inscripciones como *res publica* y *municipium* —cf. *Tabula Imperii Romani*, hoja J-30, C.S.I.C., en prensa. Estos son tan solo dos ejemplos claros que sirven metodológicamente para invalidar la homologación mayor peso=mayor antigüedad. Desgraciadamente un baremo tan cómodo hubiera sido útil pero hoy sabemos que es falso. El propio Villaronga, Collantes y yo misma hemos insistido ultimamente en la existencia de una metrología púnica en el sur peninsular, más extendida de lo que creíamos y

coetánea a la romana y a la de otras culturas indígenas, metrologías cuyos valores y precisiones cronológicas conocemos mucho peor. Si estas piezas de Aipora fuesen dupondios romanos podrían fecharse en el siglo I, incluso más bien en época de Augusto dado su estatus municipal y el peso de 10 gr conferido entonces a los ases. Estos citados son sólo unos ejemplos de los errores a los que la metrología puede inducirnos cuando sus datos se valoran en exclusivo.

Respecto al tratamiento de las cuestiones epigráficas, Villaronga ha dedicado un gran esfuerzo a la compilación detallada de topónimos, étnicos y nombres de magistrados. Unos espléndidos índices separan las leyendas latinas de otras ibéricas, púnicas, etc., y las de anverso de reverso. Pero las transcripciones en sí mismas están poco cuidadas, cf. por ej. pp. 445-464. Las griegas escritas en latín, sin que comprendamos la razón dada la vulgaridad hoy de esa tipografía en cualquier imprenta, y si no presentarlas en dibujo como se ha hecho con ibéricas y púnicas. Más aún, en la transcripción no se han distinguido ni siquiera largas de breves y vuelve a escribirse aquí, como en otros *corpora* recientes, EMPORITON, sin aislar los dos sonidos de la o, el último una omega indicativa de los genitivos plurales y cuestión importante para distinguir topónimos de étnicos. En las transcripciones del ibérico no se han marcado distinciones entre los dos sonidos de s y de r, fonemas claramente diferentes que necesitan de grafías distintas en todas las transcripciones. Si no se dispone de tipografía adecuada pueden usarse otros distintivos, como el juego de minúsculas y mayúsculas, las marcas con subrayado, etc., pero de ninguna manera deben confundirse dos sonidos y dos grafías nitidamente diferenciados por sus usuarios. Son éstos, detalles de edición que, dada la categoría de *corpus* de referencia que la obra ha de tener, pueden viciar los hábitos numismáticos de transcripción de leyendas, bastante correctos por otra parte en los últimos tiempos. Y sin embargo, hay que agradecer a Villaronga que no haya confundido, como se está haciendo habitual en terminología numismática, los términos «étnico» y «topónimo».

Un serio problema, sin duda culpa de todos nosotros, es el hecho de que Villaronga haya mantenido a rajatabla el término libiofenicio como distintivo de un grupo de cecas y de un territorio, cecas tenidas por todos hace tiempo como neopúnicas sin más, pero a las que por nostalgia historiográfica seguimos llamando «libiofenicias». Villaronga ha abierto sin embargo un listado específico de leyendas libiofenicias, sin entrecomillar, a las que en los mapas (p. 505) incluye en el territorio del sur peninsular exclusivamente. Hoy sabemos, y él ha sido uno de los defensores para el caso de Turrircina, que en Badajoz debían hallarse ésta y Arsa —nueva localización defendida por mí hace poco, *Anas* 1992—, Tagilis en Almería —defendida por C. Alfaro como ya he mencionado—, amén de en Sevilla Olontigi e Ituci como sabíamos desde tiempos de Zobel. Las áreas marcadas en ese mapa no son tan nítidas como el autor muestra. En todas ellas hay mezclas de las demás, habiendo sido más exacto denominar como mixta toda la futura Bética. Sí merece la pena constatar que el autor ha sacado aquí Baicipo de entre las «libiofenicias» donde la incluía en 1979, pues efectivamente, como ya indicamos, tiene sólo leyenda latina.

Unos espléndidos índices, necesidad valorada como lujo por la mayor parte de los autores peninsulares, coronan la obra: repertorio de epigrafes con dibujo de aquéllos que no son latinos, índices de leyendas, de tipos, de símbolos, todo ello especificado en anverso y reverso, amén de un listado

de monedas de colecciones públicas. Hubiera sido de desear una correspondencia con las láminas del Vives, *corpus* citado en toda nuestra bibliografía desde 1926, y otra con los *Monumenta* de Untermann. Es posible que el A. la pueda proporcionar a posteriori, dado que todo ello está confeccionado con ordenador. A los índices se adjunta un manojito de mapas con las localizaciones de las cecas (pp. 505-510). En ellos la división entre las provincias *ulterior* y *citerior* se ha hecho según una línea errónea que en paralelo con la costa cantábrica divide por gala en dos mitades la Península, y así vemos incluidas en la *ulterior* Illici y Cartagonova (pp. 507-509), cuando en realidad la *citerior* se extendía hasta la propia Baria en Almería. En la primera página del libro se ha presentado el listado de coleccionistas a quienes agradece el autor su colaboración, y entre ellos nos encontramos muchos investigadores que no somos coleccionistas siendo, para algunos que desempeñan puestos oficiales como conservadores de museos, un *lapsus* poco afortunado.

El libro, como he dicho, es un espléndido *corpus* que contiene toda la información tipológica sobre el conjunto de nuestra numismática republicana, imprescindible para cualquier estudio de la antigüedad y por ello «manual» de toda biblioteca pública y privada que se dedique a esos temas. Si la ciencia numismática era deudora ya de Villarronga, este *corpus* no hace sino acrecentar nuestra dependencia de sus trabajos científicos.

M. P. García-Bellido
C.S.I.C.

Isabelle Fauduet, *Les temples de tradition celtique en Gaule Romaine*. Collection des Hespérides, Paris, Éditions Errance, 1993, 24 × 16 cm, 160 pages, ill., cartes. ISBN 2-8777 074-8.

Atlas des sanctuaires romano-celtiques de Gaule. Les fanums, par Isabelle Fauduet avec la collaboration de Véronique Rey-Vodoz & Yves Cabuy, présentation de Christian Goudineau. Collection Archéologie aujourd'hui, Paris, Éditions Errance, 1993, 21 × 29,7 cm, 140 pages, ill., cartes, index. ISBN 2-87772 075-6.

Les sanctuaires romano-celtiques de Gaule. Base de données informatique (v. 1.01), par Isabelle Fauduet & Patrick Arcelin. Paris, Éditions Épona, 1993, 2 disquettes 3,5 pouces de 800 Ko fonctionnant avec File-Maker Pro™ (v. 2.0) et notice.

Les sanctuaires de tradition indigène en Gaule romaine, Actes du colloque d'Argentomagus (Argenton-sur-Creuse/Saint-Marcel, Indre) 8, 9 et 10 octobre 1992, édités par Christian Goudineau, Isabelle Fauduet & Gérard Coulon. Collection Archéologie aujourd'hui, Paris, Éditions Errance & Musée d'Argentomagus, 1994, 21 × 29,7 cm, 201 pages, ill., cartes. ISBN 2-87772 085-3.

Ces quatre ouvrages abordent de façon complémentaire et originale les divers problèmes liés à un type d'ensemble culturel qu'on a pris l'habitude de nommer *fanum*. Bien que le terme ne désigne parfois que les seuls sanctuaires à plan centré et dotés d'un enclos, «étrangers à la tradition du Midi mé-

diterranéen» comme l'avait remarqué Camille Jullian dès 1906, les auteurs francophones l'utilisent en général dans un sens plus large —par opposition à *templum*— pour tous les édifices qui ne répondent pas aux critères du temple classique mais à ceux du *nemeton* celtique. C'est le cas ici pour la Gaule romaine, dont le territoire fait l'objet des présents travaux: la plupart de ces bâtiments ont été découverts en France, en Belgique, au Luxembourg, en Allemagne rhénane et en Suisse (653 à l'automne 1992); si l'on met à part la Grande-Bretagne (étudiée dans une contribution au colloque), les provinces gauloises semblent bien constituer la zone préférentielle des fanums antiques, qui —on le sait— sont curieusement absents de l'Italie et de l'Hispanie septentrionales, pourtant profondément celtisées.

Tous deux rédigés par Isabelle Fauduet, les *Temples de tradition celtique en Gaule romaine* et l'*Atlas des sanctuaires romano-celtiques de Gaule* comportent des parties communes (généralités, état de recherches jusqu'à nos jours, bibliographie), plus développées dans le premier ouvrage qui aborde tour à tour et de façon thématique l'environnement du fanum, sa configuration et sa chronologie, la nature et l'organisation du culte. Ces différents chapitres sont résumés (et illustrés par des cartes et des tableaux statistiques) dans les trente dernières pages de l'*Atlas*, conçu lui de façon géographique et analytique: à une série de 23 cartes (régionales pour la France, nationales pour les autres pays) localisant les sites, succèdent 280 plans normalisés aux échelles 1/500, 1/1000 ou 1/1200 selon la taille des sanctuaires, dont une liste alphabétique de 653 noms clôt le volume.

Comme il n'était pas possible de reproduire dans l'*Atlas* la totalité des données concernant chacun des fanums, celles-ci ont été saisies sur ordinateur afin de compléter l'ouvrage imprimé par un fichier informatisé, support qui offre de multiples avantages: présentation exhaustive des renseignements, possibilité de recherches croisées, mais surtout évolution vers des versions ultérieures de la base (plus facilement réalisables qu'une nouvelle édition de l'*Atlas*) tenant compte des modifications apportées aux fiches et de l'accroissement du corpus des sites. Destiné à des utilisateurs très divers, ce fichier informatique devait être réalisé avec un logiciel grand public, de prix abordable, facile d'emploi et fonctionnant sur des micro-ordinateurs de type PC ou Macintosh: d'où le choix de FileMaker Pro™ (de la société Claris™) dont la version 2 n'exige qu'un minimum de 4 Mo de mémoire vive, aussi bien dans les systèmes Apple™ (à partir de 6.05) que Windows (à partir de 3.01). Bien qu'il ne s'agisse pas d'une véritable base de données relationnelle, ce logiciel permet de lier entre eux de fichiers et donc d'y répercuter automatiquement les corrections effectués sur une ou plusieurs fiches. La structure actuelle de la base *Les sanctuaires romano-celtiques de Gaule* compte sept fichiers de ce type «actifs» (Sanctuaires, Aire cultuelle, Fanum, Inscriptions et mobilier, Historique, Dations, Bibliographie), tandis que le huitième (de type «passif») sert seulement à éditer et trier les références bibliographiques sélectionnés, afin de les transférer vers un logiciel de traitement de texte.

La version 1.01 de la base (3000 fiches regroupant près de 100 000 informations sur les 653 sites répertoriés à l'automne 1992), fut présentée lors du colloque *Les sanctuaires de tradition indigène en Gaule romaine*, tenu au musée d'Argentomagus (Saint-Marcel). Les cinq contributions consacrées au «Sanctuaire d'Argentomagus» forment la dernière partie des actes du colloque, qui s'ouvrent par cinq «Présentations régionales» portant sur la Suisse, l'Allemagne, la Belgique et la Grande-Bretagne romaines mais aussi sur la Narbonnaise où, contrairement au reste de la Gaule, les fanums ne sont pas les édifices religieux les plus nombreux de la province ni même les plus représentatifs de la tradition indigène. Quant aux deuxième et troisième parties des actes, elles contiennent chacune sept communications qui illustrent, par des exemples locaux ou régionaux, deux thèmes de recher-

che («Aménagements» et «Pratiques et offrandes») renvoyant à plusieurs chapitres de l'ouvrage *Temples de tradition celtique en Gaule romaine*.

À la fin du volume du colloque Isabelle Fauduet rappelle les principaux problèmes évoqués lors de cette rencontre: la terminologie (comment définir un fanum autrement que par son plan, celui-ci n'étant pas toujours centré?); le lien entre les lieux de cultes gaulois antérieurs et les fanums, qui datent tous de l'époque romaine; le rapport de ces sanctuaires romano-celtiques avec le relief, le réseau routier, l'habitat urbain et rural; la datation et la reconstitution des premiers états de ces fanums, dont on ne connaît souvent que l'aménagement final; la structure des installations, la nature des pratiques religieuses, l'identité et la spécificité des divinités honorées.

Nul besoin d'insister sur l'intérêt de ces recherches et notamment de la mine de renseignements contenus dans le fichier informatique, que chacun pourra compléter et modifier au gré de ses besoins, voire utiliser comme modèle pour réaliser un autre corpus. Des précautions méthodologiques s'imposent cependant, dans le maniement de ce type de documentation, l'interprétation statistique qui en est faite et l'illustration graphique qui en est donnée, comme on peut le voir en particulier avec l'*Atlas*.

Il importe d'abord de ne pas oublier qu'il s'agit d'un ensemble très hétérogène. Contrairement à ce qui se passe en Belgique, en Allemagne, en Suisse et au Luxembourg (où presque tous les sanctuaires ont été fouillés), la France se caractérise par une majorité de sites simplement repérés d'avion (voir la carte p. 16 de l'*Atlas*): proportion pouvant atteindre les deux tiers dans des régions sillonnées par les archéologues aériens (Picardie, Bourgogne, Centre), qui présentent une forte densité en sanctuaires —surévaluée de ce fait par rapport à d'autres zones moins bien survolées— mais seulement un tiers de plan complets. Au total, seuls 388 des 653 sites recensés par l'*Atlas* offrent un plan exploitable, chiffre à rapprocher de celui des 377 sites ayant fait l'objet de véritables fouilles et non d'une simple prospection. Il convient donc de se montrer extrêmement prudent dans la représentation cartographique des sanctuaires.

En effet, celle-ci peut être faussée si l'on ne met pas en relation les sites étudiés avec le nombre total de sites connus: c'est le cas par exemple pour les trois cartes de la page 17 de l'*Atlas*, où la gradation des gris prête à confusion et fait double emploi avec le chiffre indiquant pour chaque région le total de sites (fouillés, mentionnés, prospectés par avion): ainsi, avec seulement 34 sites fouillés sur 59, la Bourgogne est-elle figurée en noir comme la Suisse qui compte 39 sites fouillés sur 41, tandis que la Belgique n'apparaît qu'en gris foncé malgré 23 sites fouillés sur 25 et au même niveau que le Centre (19 sites fouillés sur 97). Il eût été plus significatif d'indiquer par des trames le pourcentage relatif de chacune de ces catégories par rapport au nombre total des sanctuaires connus dans chaque région et de mentionner ce dernier sous forme chiffrée, afin de ne pas avoir à le calculer à partir des listes nominatives de sanctuaires établies région par région.

Ces quelques remarques ne sauraient réduire l'importance quantitative et qualitative d'une documentation riche et variée —données brutes (Base), interprétées (Atlas), étude thématique (Temples), problématique dans le cadre de l'Occident romain (Colloque)— ainsi mise à la disposition des spécialistes par la parution de trois livres et d'une base de données informatisée sur ce sujet, de terminologie encore hésitante comme on peut le constater par les titres choisis pour les ouvrages: «temples de tradition celtique», «sanctuaires romano-celtiques», «sanctuaires de tradition indigène».

Nicole Dupré
CNRS Paris

Claude Moatti, *Archives et partage de la terre dans le monde romain (II^e siècle avant - I^{er} siècle après J.C.)*, Collection de l'École Française de Rome 173, École française de Rome, Rome 1993, 174 pp.

En los últimos años empiezan a cobrar importancia en el ámbito de la Historia Antigua los estudios que, al margen de una orientación jurídica o de la problemática histórica de la colonización, se centran en aspectos parciales del *Corpus agrimensorum Romanorum*. Es una prueba de que los tratados y escritos del *ars mensoria* se están liberando del calificativo de textos oscuros y exclusivamente teóricos que los historiadores les han atribuido. Moatti deja a un lado la cronología de la colonización y las técnicas de división del suelo para centrar su atención en los documentos escritos y gráficos que se confeccionaban en ocasión de una asignación de tierras y deducción de colonos, y que después se guardaban en los archivos del estado romano, de las colonias o de los municipios. Los tratados de agrimensura son la clave para la elaboración de su monografía pero sin por ello olvidar los datos aportados por otras fuentes tanto literarias (Apiano, Cicerón, Dionisio de Halicarnaso, Dion Casio, Tácito, Tito Livio, etc.) como jurídicas (Digesto de Justiniano), papirologías y epigráficas (catastro de Orange, *termini augustales*, etc.), que le sirven para corroborar y completar lo ya expuesto por los agrimensores. Los límites cronológicos que el autor ha impuesto a su trabajo obedecen a dos hechos muy claros: arranca en el siglo II a.C. debido a que la confección de archivos comenzó en los años que siguieron a la segunda guerra púnica y se convirtió en algo habitual a principios del Imperio, y concluye con los Falvios ya que existe una continuidad desde los Gracos hasta los Flavios en lo referente al control de la superficie cultivable.

Moatti entiende su libro como «una especie de dossier preliminar destinado a la vez a presentar una puesta al día y a formular cuestiones nuevas y a que suscite otras investigaciones o síntesis» (p. 6). Es importante no olvidar la intencionalidad del autor a la hora de adentrarnos en su monografía, si no queremos quedar decepcionados al no corresponderse los resultados que podríamos esperar de un libro que para nosotros tiene un título tan novedoso y atractivo con los que realmente se obtienen. Más que resolver lo que hace Moatti es plantear interrogantes y posibles vías de resolución en temas como la naturaleza de los archivos imperiales (*Tabularium principis*, *Tabularium provinciae* y *Tabularium coloniae*); los mecanismos de control del *ager publicus* aún no cultivado; la normalidad de la práctica de confeccionar la *forma* tras cada operación de asignación; el aspecto jurídico y político de la *lex agraria*, etc.

El libro está formado por cinco capítulos además de una breve introducción y conclusión. El proceso administrativo que tiene como resultado la definitiva instalación de los colonos en sus lotes de tierra y los trámites burocráticos que dan fe del mismo es el tema de los cuatro primeros capítulos. El primero se centra en la *lex agraria* que sancionaba la posterior asignación colonial y en el reclutamiento e instalación de los beneficiados con un lote de tierra (*adscriptio* y *adsignatio*); el segundo y el tercero tratan sobre la *forma* y los otros *instrumenta publica* (*libri aeris* o *commentarii*, *libri subsecivorum*, *libri beneficiorum*, *libelli*, *lex coloniae*) que quedaban como prueba jurídica y administrativa de todo el proceso y a los que se recurría para resolver las *controversiae agrorum* e informase sobre la superficie ocupada y la que aún podía ser asignada; el cuarto capítulo está dedicado a los archivos en los que se guardaban los documentos anteriormente mencionados, redactados por duplicado para que quedase constancia del acto administrativo de la asignación tanto en Roma como en la comunidad en cuyo territorio había tenido lugar. El último capítulo se ocupa de los archivos del *ager publicus* a través de los que se podían conocer las tierras aún vacantes y de la

evolución de las *formae* y catastros romanos en Italia y en las provincias desde su origen hasta su empleo regular y sistemático en época imperial como un reflejo de «una voluntad de afirmar sobre el terreno los derechos del Estado y de las ciudades y fijar en los archivos la memoria de la tierra» (p. 97).

A todo ello hay que añadir los anexos que figuran al final y que tienen como objetivo «presentar íntegramente los documentos citados frecuentemente a lo largo de la obra para así evitar al lector el esfuerzo de acudir constantemente a los repertorios de inscripciones» (p. 105). Estos anexos contienen además de documentos epigráficos, algunos de los cuales están traducidos, fragmentos de los tratados de agrimensura y de otras fuentes literarias, así como fragmentos de papiros. No es un repertorio completo de fuentes ni se trata con exhaustividad los temas que los textos seleccionados reflejan, pero el autor tampoco lo pretendía. Consta también el libro de índices analíticos de materias, nombres personales, nombres geográficos y fuentes que permiten un acceso más directo y selectivo a los datos.

En lo referente al tema es un libro novedoso y recomendable para todo aquél que tenga la intención de adentrarse en el *ars mensoria* como ciencia de la ordenación territorial y trate de dar respuestas a los interrogantes que Moatti nos plantea a lo largo de toda su obra.

María Josefa Castillo Pascual

Dpto. de Ciencias Humanas, Jurídicas y Sociales,
Área de Historia Antigua,
Universidad de La Rioja

La città nell'Italia Settentrionale in Età Romana. Morfologie, Strutture e Funzionamento dei centri urbani delle regioni X e XI. Coll. École Française de Rome, 130. Trieste-Roma. Universidad de Trieste; École Française de Rome. 1990. X+676 p.

Reúne el presente volumen las actas del congreso que, con ese título, se celebró en Trieste en el año 1987. En el mismo se publican veinticinco comunicaciones seguidas de una síntesis y de unas conclusiones generales, referidas, en la mayor parte de los casos, a las *regiones* augusteas X (*Venetia*) y XI (*Transpadana*), es decir a la Italia septentrional al norte del río Po. Dentro de este marco global los temas abordados son abundantes y aquí aludiré tan sólo a algunas cuestiones de conjunto. Así destacaré el trabajo de P. Gros, en el que se compara la política de construcciones de foros en Italia, y en las provincias de Galia Narbonense y en la Tarraconense, haciendo hincapié en las diferencias de ritmo en estas dos últimas con respecto a la primera.

De carácter general es el artículo de Zorzetti sobre la cultura romana de época republicana y su incidencia en las artes y las letras; y acerca de los progresos de la latinidad en el ámbito céltico y vético de la Italia del Norte versa el trabajo de Grilli. El proceso de formación del mundo urbano del territorio de las futuras *regiones* X y XI durante el período republicano lo acomete Bandelli, mientras que Strazzulla Ruscono y Rossignani tratan, respectivamente, sobre la edificación templaria y los edificios públicos de la Italia septentrional durante la República. Pasando a casos más concretos, Rosada analiza las murallas, los arcos y las puertas de la *regio* X y Verzar-Bass hace lo propio con los teatros de la Italia del Norte. Por su parte Tassaux, a partir de la epigrafía y de la prosopografía, realiza un completo estudio sobre las élites istriás en el Alto Imperio, al tiempo que Zaccaria, haciendo uso asimismo de la epigrafía, se centra en la política edilicia en ambas *regiones* en época imperial estrechamente vinculada a las élites locales y a sus tendencias evergéticas, asunto al que también se refiere la intervención de Frézouls, que es capaz de distinguir notables diferencias en este tipo de comportamientos entre una *regio* y otra.

Un aspecto distinto de la vida de las ciudades, como puede ser el de los *collegia*, en este caso el de los *Jabri*, los *centonarii* y los *dendrophori* en la *regio* X es abordado por Salamito, resaltando el gran prestigio de que gozaban en ellas, siendo particularmente reseñable el ejemplo de Brescia.

El resto del volumen se dedica a estudios generales o concretos de ciudades: tras una panorámica consagrada a las ciudades romanas del Piemonte septentrional (Ivrea, Turin, Novara, Asti) debida a Mercado y una visión comparativa de Milán y Como realizada por Mirabella Roberti se consideran las excavaciones recientes ejecutadas en Milán (Ceresa Mori), en Brescia (Rossi), con especial hincapié en su capitolio (Frova), en Bergamo (Poggiani Keller y Fortunati Zuccala), en Emona (Plesnicar-Gec), en Trieste (Maselli Scotti) y en los foros de Verona (Cavaliere Manasse) y de Nesazio y Pola (Matijasic). También las indagaciones de los últimos años han afectado a centros urbanos que no han tenido continuidad hasta la actualidad, tales como *Industria* (a cargo de Zanda) y *Laus* (Tozzi y Harari). Finalmente, el caso de Vicenza es elegido por Cracco Ruggini para realizar un análisis de «historia total» de la ciudad y su región entre el siglo II a.C. y el VI d.C.

En su *rapport de synthèse* Pierre Gros destaca como uno de los éxitos de la reunión de Trieste el haber podido conjugar adecuadamente las exigencias de la presentación del material arqueológico y las de la reflexión histórica; igualmente subraya el desarrollo de la topografía histórica como método de estudio de la ciudad antigua, reconocidamente una entidad dinámica. Por fin Torelli, en sus conclusiones, recalca de todo el conjunto de intervenciones lo que a su juicio son los tres grandes temas abordados: la poleo-génesis o nacimiento de la forma urbana, la organización del espacio urbano y el papel del evergetismo en estos ámbitos septentrionales de la antigua Italia.

Por consiguiente, sólo nos resta señalar que este volumen se sitúa dentro de una nueva aproximación a la ciudad antigua en general y romana en particular caracterizada, precisamente, por la consideración de la misma como un ente dinámico y no sólo como un conjunto de monumentos; es decir, por el paso de una perspectiva estrictamente material y centrada en la descripción desde un punto de vista estilístico o arquitectónico de sus monumentos más representativos, a otra claramente histórica, en la que la ciudad se manifiesta como el lugar en el que se afirma buena parte de los rasgos característicos de la vida en la Antigüedad, de la que tales monumentos y elementos materiales no son más que su traducción en piedra. Reflejo de esta importancia que los estudios sobre la ciudad romana están adquiriendo puede ser, por ejemplo, el tema fundamental del recientemente celebrado (Tarragona, septiembre de 1993) XVIII Congreso Internacional de arqueología clásica, que no ha sido otro que *La Ciudad en el Mundo Romano*. El Congreso de Trieste aquí reseñado es, pues, un ejemplo a seguir para el estudio de la ciudad romana, que tiene tanto más sentido cuanto que se circunscribe a un ámbito geográfico concreto, absolutamente necesario para integrar la ciudad en su contexto territorial, algo de todo punto inexcusable en cualquier tratamiento de la forma urbana en el mundo antiguo.

Adolfo J. Domínguez Monedero
Universidad Autónoma de Madrid

M. Blanchard-Lemée, *Recueil Général des mosaïques de la Gaule II Lyonnaise 4. X^e supplément à Gallia*, París, 1991. 149 págs.+LXVI láms.

Los investigadores franceses han sido los pioneros en el estudio de los mosaicos y han logrado generalizar este estudio. M. Blanchard-Lemée a quien se debe este volumen, es de sobra conocida en el campo internacional por sus estudios sobre los mosaicos y siempre se ha distinguido por la alta calidad de sus trabajos.

Este volumen está consagrado a la parte occidental de la provincia de Lión, o sea a las ciudades de Carnutes, Turons, Andécaves, Cénomans, Diablintes y Namnètes. La colaboración de dos conocidos especialistas en el estudio del mosaico, J. P. Darmon y X. Barral i Altet acrece el valor del volumen.

La descripción de los mosaicos sigue el prototipo de otros volúmenes: una descripción breve y minuciosa del pavimento, de su estado de conservación y de la bibliografía exhaustiva de cada uno, señalando los paralelos y encuadrando el mosaico dentro del lugar del hallazgo, siempre que ello ha sido posible. M. Blanchard Lemée demuestra un conocimiento y dominio total del tema, que facilitará mucho el estudio de los mosaicos para otros investigadores, pues, muchos motivos geométricos de estos mosaicos lioneses se repiten en los pavimentos hispanos, lo que plantea ciertos problemas sobre la difusión de los motivos representados en los mosaicos. Había

temas de moda que se extendían por amplias regiones del Imperio, ¿viajaban musivarios que recorrían varias provincias, o se usaban *copy-books*? Las relaciones entre la Gallia e Hispania siempre fueron frecuentes. Se ha dado a menudo como característica artística de los mosaicos hispanos, de extensas áreas del territorio, el norte desde la actual provincia de Navarra, ambas Castillas, hasta la capital de Lusitania, Augusta Emerita, la preferencia por el mosaico adornado con temas geométricos, pero esta tendencia se observa igualmente en los pavimentos de la Gallia. Al final del presente volumen se estudian también los mosaicos medievales.

En resumen, el libro de M. Blanchard-Lemée es una excelente aportación al estudio de los mosaicos de una zona de la provincia lionesa.

J. M. Blázquez
Universidad Complutense